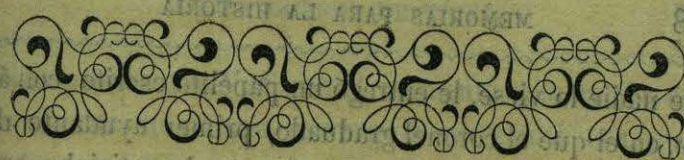


tido, con direccion á nuestro campo, por no tener fuerza con que resistir á la de los enemigos, que se avanzaban precipitadamente. En mi retirada observé que nuestras tropas habian abandonado la única pieza que teniamos de artillería, y solo el general Castrillon se conservaba en su puesto, recibiendo una herida en aquellos momentos en que me manifestaba que toda nuestra tropa se habia desbandado, y por consiguiente todo estaba perdido por no haber esperanza de contener á los dispersos. Este fué el término de la desgraciada accion de San Jacinto, donde fuí hecho prisionero en union de otros compañeros que se me incorporaron á pocos momentos de internarme en el bosque cercano."



CAPITULO VII.

El general Filisola recibe la noticia de la desgracia de San Jacinto.—Sentimientos de los generales y gefes del ejército.—Ordenes para la concentracion de las tropas.—Se resuelve la repasa del rio por las tropas que debian marchar con el general Gaona.—Medidas de seguridad para verificarlo.—Un destacamento de caballería marcha para proteger los dispersos, y adquirir noticia de los enemigos.—Llega al rio el coronel D. Mariano Garcia con 100 hombres y algunas cargas.—Declaracion de los que se habian salvado de la sorpresa de San Jacinto.—Inferencias sobre el tamaño de la pérdida y suerte del general Santa-Anna.—Sobre el número probable de los enemigos.

Aumentada el día 22 la division del general Gaona hasta el número de mil hombres, con todo lo demas que se habia prevenido, se hallaba ya parte de ella del otro lado del rio, con dos piezas de á 4, sus municiones, las mulas de tiro y carga, &c., y se estaba activando la conclusion de la operacion con los demas que faltaban, que seguramente hubieran quedado en el resto del día, cuando á las tres de la tarde, le fué presentado por una ordenanza de la avanzada que estaba sobre el paso del rio, un soldado presidial, el que con disimulo para

que nadie lo viese, le entregó un papelito escrito con á-piz, en el que el coronel graduado, primer ayudante del batallón Guerrero, D. Mariano García, le noticiaba, aunque en pocas palabras, la desgraciada ocurrencia que había acaecido en San Jacinto al general en jefe y á toda la division que se hallaba á su inmediato mando. Estaba al lado de Filisola el general D. Joaquin Ramirez y Sesma, quien preguntó al primero con interes: ¿qué ha sucedido, chico? el que le contestó, poniéndole el papelito en las manos: ¡mucho mas de lo que temíamos, amigo! Sesma leyó, y con un dolor profundo exclamó: ¡Válgame Dios! se perdió, y nos perdió, por su malditísima precipitacion y no querer oír á sus amigos. Entre tanto, llegaron los generales Gaona y Woll, y enterados del funesto suceso, el primero dijo con resignacion: esto, mi general me debió tocar; y el segundo, que quería entrañablemente al general Santa Anna, prorumpió agarrándose las dos manos: aunque siempre temí una cosa semejante de su ansiedad, nunca me la figuré de tanta gravedad: ¡quisiera de buena gana haber perecido con él! El general Filisola dió á todos por sola contestacion: señores, vamos á concentrar las fuerzas, y despues verémos lo que deba hacerse. Sr. Sesma ponga vd. una orden para que el teniente coronel Salas, que está en Columbia, venga á reunirse con las tropas que tiene á sus órdenes, al cuartel general, sin aguardar al general Urrea, y dígame vd. á éste lo verifique tambien inmediatamente. Está en Brazoria. Vd., Sr. Gaona, váyase al otro lado del río para poner en buen orden todo lo que está allí, para cualquiera evento: el Sr. Woll irá á hacer suspender la continuacion del paso del río, de lo que aun faltaba que pasar para la otra orilla, y yo iré allá tan luego como despache estas órdenes, que son las que siguen:

“Ejército de operaciones.—Principal.—Es absoluta-

mente preciso que V. S., en el momento que reciba éste y sin hacer alto alguno, se venga á este punto con todas las fuerzas que trae á sus órdenes, pues así interesa al mejor servicio de la nacion.

Dios y libertad. Holds-Fort, Abril 23 de 1836, á las tres de la tarde.—*Vicente Filisola*.—Sr. general D. José Urrea.”

“Ejército de operaciones.—Al señor general D. José Urrea, jefe de esa division, digo hoy, en el pliego que acompaño á V. S. para que se lo dirija con la mayor diligencia, que es absolutamente preciso que en el momento que reciba éste, y sin hacer ningun alto, se dirija á este punto, con todas las fuerzas que vienen á sus órdenes; mas habiendo sabido que el Sr. Urrea se ha adelantado, y siendo absolutamente importante la muy pronta reunion de esta fuerza, prevengo á V. S., que sin esperar órdenes de su general, y en el mismo momento, contramarche hasta este punto, con toda la fuerza que va á sus órdenes, dándole parte á su general, de esta orden, al remitirle el pliego mencionado; en el concepto de que V. S. es responsable del cumplimiento de esta orden.

Dios y libertad. Campo en Holds-Fort, Abril 22 de 1836.—*Vicente Filisola*.—Sr. teniente coronel, D. José Mariano de Salas.”

En efecto, todo se hizo como se previno, y el general Filisola, así que hubo despachado las dichas órdenes, por duplicado, sin que los portadores supiesen los unos de los otros, ni lo que contenian las comunicaciones, se dirigió á la otra banda del río, acompañado del teniente coronel D. Pedro Ampudia, y mientras este jefe quedó construyendo con pacas de algodón una especie de cabeza de puente al rededor de la única casa de madera que habia sobre aquella márgen del río, para poder colocar tras de ella un batallón y las tres piezas que se habian

pasado de aquel lado, y debian pertenecer á la division del general Gaona, éste y Filisola tomaron las compañías de cazadores de Morelos y de Guadalajara, para ir-
las á establecer, una sobre el mismo camino que de allí partía para Harrisbourg, á la entrada del bosque, y la otra bien internada por el mismo, con todas aquellas precauciones que dicta la prudencia, y eran de necesidad en aquellos momentos de incertidumbre. Entretanto, estaban pasando el río veinte soldados de caballería de los mejores montados, que á las órdenes del teniente D. Macedonio Castillo, del regimiento de Tampico, marcharon luego por el mismo camino, con orden de continuar por él mientras le durara el día, para proteger los dispersos que se dirigiesen allí, y dar avisos continuados de lo que notase respecto de los enemigos. No tardó en presentarse allí mismo, el coronel D. Mariano García, con las cargas, tropa, &c., con que se habia quedado en el Paso Bayuco Búfalo para pasarlo, y de consiguiente, no se habia hallado en la accion; con dicho gefe venia el capitán del regimiento de Tampico, D. Miguel Aguirre, que habia recibido un balazo en un muslo en el combate, y habia podido salvar, merced á su buen caballo, dos sargentos y cuatro ó cinco hombres mas, unos heridos y otros buenos, que tambien se habian hallado en él, y habian podido igualmente libertarse de caer en manos de los enemigos.

El general Filisola por sí mismo, tomó declaracion sin pérdida de momentos, uno por uno, á todos los que se habian hallado en la accion, y de las diversas esposiciones todas contestes entre sí, no pudo menos de concluir que la destruccion de aquella fuerza habia sido completa, y que la muerte ó la prision del general Santa-Anna, era muy probable; pero en cuanto al número de enemigos que habian concurrido al combate, estaban dis-

cordes, pues unos decian que habian sido 1.200; otros 1.500, y otros, en fin, lo ecsageraban hasta 2.000; lo que en verdad no le parecia al general Filisola un imposible, atendiendo á que ellos habian hecho su retirada concéntricamente, y que cuando Houston se dispuso á tomar la retaguardia del general Santa-Anna, habia espedido, como dejamos dicho, órdenes á las autoridades del Norte del Rio Brazos, para que obligasen á todos los habitantes capaces de tomar las armas, á que se le fueran á reunir, amenazándolos que de no hacerlo, quemaria sus habitaciones, y los echaria del pais; y que segun los dias que habian pasado, habia habido sobrado tiempo para que lo hubiesen verificado los de Libertad, Anáhuac, Galveston, Velasco, Brazoria, Columbia, Orozimba, &c., y tambien algunas compañías de voluntarios de los Estados-Unidos, que estaban en camino, para venir á tomar parte en la contienda en favor de los tejanos; y porque, en fin, segun la poblacion que entonces tenia Tejas de cuarenta mil almas, casi no hubieran necesitado hacer ningun grande esfuerzo para reunir aquel número de hombres, especialmente en el parage en que fué la accion, que era entonces el centro de lo mas poblado de Tejas; y que, por otra parte, no habian los habitantes sufrido ninguna pérdida de hombres, si se esceptúan los treinta y dos vecinos de la villa de Gonzalez que perecieron en el Alamo, pues todos los que habian muerto á las órdenes de Fanning, Warg, Doctor Grand, Thompson, y King, y aun los otros 150 del Alamo, eran voluntarios de los Estados-Unidos, apenas llegados á aquel Departamento; y lo que hacia mas probable la opinion de Filisola, era el siguiente parte del general Urrea, que acababa de recibir.

“Ejército de operaciones sobre las columnas sublevadas.—Escmo. Sr.—Por la mala esplicacion que me hicie-

ron los guías que traje, me demoré en llegar á este punto mas tiempo del que me esperaba; pero forcé la marcha ayer, y con la fuerza del batallon Jimenez, y tres compañías de preferencia de San Luis y Querétaro, ocupé á Columbia y su puerto, y hoy me apoderé de éste. En el primero, solo encontré á dos americanos, que tienen sus familias en el bosque; ellos me informaron que 50 hombres que habia allí de guarnicion, habian marchado la noche anterior á reunirse con su gefe Houston. A uno de aquellos hice marchar en solicitud de las familias, y el otro lo tengo en mi poder, hasta saber el resultado.

En el puerto de Columbia hay alguna harina y maíz, que se invertirá en la subsistencia de la tropa. Tambien hay algunos licores y otros efectos, que en el momento no pude reconocer; pero ciertamente que valen algun dinero. El Sr. coronel D. Mariano Salas, que quedó encargado del puerto, con su batallon Jimenez y la caballería, formará un inventario, que cuidaré de remitir á V. E. En Brazoria, aun no tengo conocimiento de lo que habrá; pero luego que haya tiempo, se reconocerá, y se hará lo mismo que en Columbia.

Aquí solo hallé algunos colonos, ingleses, alemanes y americanos, con sus familias e intereses; éstos no quisieron obedecer las órdenes de Houston para marchar á Galveston, y se me han presentado, implorando la protección del supremo gobierno de la nacion, haciéndome presente, que ninguna parte han tenido en la revolucion.

Por lo que estos hombres me han dicho, estoy informado, que en Velasco hay 100 hombres de los que tienen las armas en la mano, y algunas familias e intereses. En Galveston cerca de 200, 500 negros esclavos, y cosa de 300 familias, entre las que hay pocos hombres, y de la otra parte de este rio, como 300 hombres, recorriendo en partidas pequeñas los bosques y caminos. Me

informan tambien, que Houston se halla al Norte de este puerto, sin saberse el punto que ocupa: ha dado órdenes muy terminantes, para que se le reunan todas las partidas que habia ó hay diseminadas por varios rumbos, con el objeto de hacer un esfuerzo y meterse en Galveston, en cuyo punto cree hacer una defensa, contando con recursos.

Aquí debería concluir; pero creo de mi deber hacer presente á V. E., que este puerto no lo considero á propósito para hacer mi cuartel principal, por ser un punto casi aislado, y mucho mas, si nos coge en él una llovizna, por pequeña que sea; pues que anegaria todas las avenidas. Es muy montuoso, y está situado á la orilla del rio; por todas partes es muy pantanoso, y solo se pueden transitar, y con trabajo, los caminos de Columbia y el que conduce á la entrada del rio en el mar, aunque éste es muy pantanoso; tiene tres arroyos, y uno necesita chalan ó bote para pasarlo. Aquí no se puede mantener la mulada, porque no hay pasto, y es todo el campo muy montuoso y pantanoso. Hay un chalan y dos botes en el puerto, y si V. E. lo tiene á bien, se puede subir el primero y un bote á Columbia, y establecer allí el cuartel: desde aquel punto se puede recorrer todo el arroyo de San Bernardo, hasta donde desemboca al mar; otro tanto se puede hacer con ambas márgenes del rio; y la caballería y mulada se repondrá, á la vez que yo estaré mas inmediato al cuartel general, para recibir las órdenes de V. E. Este punto lo considero bastante cubierto con 200 infantes, y una pieza de artillería; mucho mas, estando mi cuartel á cuatro leguas de distancia, que es la que hay desde Columbia; sin embargo, V. E. resolverá lo que le parezca conveniente, pues lo espuesto es solamente opinion mia, en virtud de lo que tengo á la vista.

Con este motivo, renuevo á V. E. las protestas de mi particular aprecio y respeto.

Dios y libertad. Brazoria, Abril 22 de 1836.—José Urrea.—Escmo. Sr. presidente, D. Antonio Lopez de Santa-Anna, general en jefe del ejército de operaciones."

Habia sido, pues, por mas que se diga, una indiscrecion, una imprudencia, una escesiva confianza, en fin, la del general Santa-Anna, el no haber vuelto á su cuartel general el dia 16, luego que vió frustrada la prision de los cabecillas de la rebelion, en Harrisbourg, segun se le habia propuesto; principal objeto con que habia pasado al otro lado del rio, y tambien único motivo, si se quiere, por el que se podia haber tolerado ó disimulado á un general en jefe, supremo magistrado de la nacion, y el hombre de prestigio, que con un destacamento de tan poca consideracion, emprendiese semejante correría, propia puramente, como lo dejamos dicho en otro lugar, para un gefe de menor graduacion que mandase aquel, y de ninguna manera para un general en jefe, que con su persona, aventuraba tambien el écsito de una campaña costosa, y ya casi concluida, la reputacion del ejército que mandaba, y el buen nombre y consideracion de su patria, que todo lo habia fiado á su cordura, y de la que menos uso se hizo en todo el curso de la campaña; de modo, que las operaciones, desde el Saltillo á la márgen de San Jacinto, arrojan de sí, naturalmente, las siguientes observaciones.



CAPITULO VIII.

Reflexiones sobre la conducta militar del general Santa-Anna, en toda la campaña.

Primera.—Que si en el Saltillo, el general Santa-Anna hubiera dado á los catorce batallones, á los cuatro regimientos, á los varios piquetes de caballería del ejército, y á los presidiales que llevó, á la artillería, parque, y proveeduría, una organizacion mas adccuada, sencilla y económica; calculado mejor la línea de operaciones y el número de trasportes de todas clases, necesarios para los diversos objetos; organizado un regular hospital ambulante, con el número de facultativos indispensables, el buen écsito de la campaña pudo asegurarse, desde antes de emprenderla; y la suerte del ejército y buen nombre de la nacion, hubieran, sin duda, quedado cual corresponde á los gastos emprendidos por ésta, y á los constantes sacrificios, fatigas, y padecimientos prestados por aquel. Pero, desgraciadamente, no se hizo mas que aglomerar generales, gefes y oficiales, sueldos de todas clases, cuadros de batallones, regimientos y piquetes de caballería, cañones de todos calibres, parque y empleados de hacienda, y mulas, carros y carretas, como para un ejército